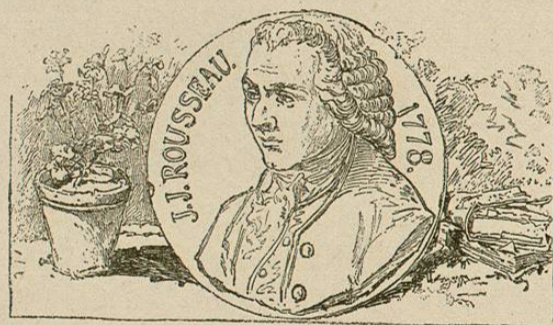


Francia (Noviembre de 1780), en donde fué recibido como un mártir de la civilización, y Boucher en su citado poema de los *Meses* y Marmontel en plena Academia francesa, hicieron su elogio y su vindicación, más tarde la República francesa le nombró «ciudadano adoptivo,» lo que prueba que no se había borrado de la memoria de los hombres en los días de la Convención el odioso recuerdo del *autillo de 1780*. ¡Y cómo no, si la Inquisición hasta el momento de su extinción por Napoleón I en 4 de Diciembre de 1808, continuó persiguiendo á todo lo más brillante de España, lo mismo á un matemático tan insigne como Benito Bails, como á un general tan valiente como Ricardos, ó á diplomáticos tan aventajados como el conde de Aranda y Azara, á hombres de Estado tan dignos como Campomanes, y á ingenios tan peregrinos como los Samaniegos,

Iriarte, Centeno, sin contar los que á tiempo escaparon como Goya! No sufrieron todos los vergonzosos procesos de Tournon y Olavide, no todos sufrieron como dice Llorente en la *Memoria histórica sobre la opinión nacional de España acerca de la Inquisición*, la cárcel y el castigo, pues unos escaparon con reconvenções y penitencias secretas, pero sí todos sufrieron la inscripción de sus nombres en el gran libro de los réprobos ó mejor de las víctimas del Santo Oficio. ¡Cuán lejos estaban los inquisidores de Olavide de pensar que sólo les quedaba treinta años de vida, y que había ya sonado para ellos la hora de desaparecer bajo la execración de la humanidad y al empuje del que difundió con las armas en la mano por toda Europa los principios de Voltaire y de Rousseau que la Inquisición creyó encerrar dentro de sus calabozos!



CAPITULO IV

CAIDA DE NECKER

La diplomacia inglesa.—Negociaciones de paz con España.—Intolerancia religiosa en Inglaterra.—Motín del 2 de Junio de 1780.—Actitud del partido liberal inglés.—Situación de Francia.—Triunfo de Necker.—La diplomacia española.—El conde de Floridablanca.—La neutralidad armada.—Cómo se puso á su frente Rusia.—Campana de 1781.—Reconquista de Menorca.—Campana de 1782.—Sitio de Gibraltar.—La guerra en América.—Conquistas de españoles y franceses.—La batalla de York-Town.—Caída del ministerio inglés.—Ministerio whig.—Concesiones á Irlanda.—Ministerio de Necker.—Reformas en el personal.—Extinción de la mano muerta y de los siervos reales.—Abolición del tormento previo.—La justicia en el siglo pasado: el juez de Piedrahita.—Organización de las Asambleas provinciales.—Apuros del Tesoro.—Divúlgase el secreto de la hacienda.—Inmenso efecto de la Memoria sobre el estado de la hacienda.—Llega al apogeo la popularidad de Necker.

BIGAN lo que quieran los historiadores franceses, Inglaterra pudo considerar si no como gloriosa como muy afortunada la campaña naval de 1779. En efecto, ¿qué habían logrado las escuadras aliadas que por un momento le habían hecho correr tan grande peligro? Ciertamente que el peligro no se había desvanecido, que este podía renovarse de un momento al otro, y que por consiguiente le urgía á Inglaterra desvanecerlo á toda costa, por esto creyó que no debía fiarse á la suerte de las armas que podía serle infiel, pues claro está que una batalla naval decisiva y contraria á Inglaterra casi aseguraba el éxito del plan del conde de Aranda que no estaba más que aplazado. A la diplomacia inglesa se encargó por el gobierno de Jorge III la campaña de 1780.

Las hostilidades cesaron en Europa como por ensalmo. Las poderosas escuadras estaban encerradas en los puertos militares, y sólo algunos buques ligeros se entretenían, no sin plan, como luégo vere-

mos, en cazar buques mercantes por llevar á contrabando de guerra, ó mercancías de alguna de las potencias beligerantes.

Inglaterra que comprendía la dificultad de disolver la alianza de los Estados-Unidos y Francia, veía cosa fácil llegar á separar de ella á España, encariéndole los peligros de la guerra para la tranquilidad de sus colonias americanas, y luégo mostrándose pronto á satisfacer su orgullo nacional devolviéndole á Gibraltar. Insinuóse, pues, en este sentido, y aunque la proposición se hizo de una manera informal y Floridablanca recelara un amaño, entabláronse negociaciones que se llevaron ocho meses sin resultado alguno, pues ni Inglaterra había pensado nunca de una manera formal en devolver á Gibraltar, ni Floridablanca quería oír hablar de paz sin la previa devolución del padrón de ignominia que Inglaterra misma se ha levantado en la antigua Calpe. Pero la diplomacia inglesa había logrado entretener á España durante ocho meses, paralizar

la acción militar, y si bien sólo logró Inglaterra desarrollar la suya en América logrando poner en tela de juicio la obra de Washington, no era esto poco para calmar la agitación interior con tan poco patriotismo fomentada por la intolerancia protestante.

Habían en la legislatura anterior pasado sin oposición en las Cámaras, una ley destinada á emancipar á los católicos de algunas incapacidades legales. Pero esta ley fué mal recibida por las masas, y un fanático sincero, lord Gordon, se puso á su cabeza, y el día 2 de Junio con el pretexto de llevar al

Parlamento la petición que había firmado el pueblo contra las concesiones hechas á los papistas, se amotinó el pueblo de Londres y durante ocho días, la gran ciudad fué presa de la más desenfrenada anarquía. Las capillas católicas fueron entregadas á las llamas; luégo se asaltaron las casas de los individuos de la Iglesia católica más conspicuos. Lord Mansfield, llegó un día á la Cámara atropellado por la multitud, y el obispo de Lincoln, con dificultad, pudo salvar su vida. Su impunidad alentaba el motín, y el Banco de Inglaterra corrió grave peligro. Entonces fué cuando el gobierno inglés se



CARLOS III, rey de España

decidió á obrar, y con algunas descargas disolvió el motín que por tantos días había sido la vergüenza de Inglaterra. Veintitres culpables pagaron con su vida la falta de haber seguido á los que los tenían fanatizados, y lord Gordon fué absuelto porque no se le pudo probar que tuviera conocimiento previo de la sedición que estalló el 2 de Junio. El partido liberal inglés se portó con mayor dignidad; lo mismo el exaltado Wilkes, que Burke, que Fox, condenaron el movimiento. «Soy partidario de la tolerancia universal, dijo Fox, cuando el populacho de Londres le tenía encerrado dentro la Cámara, y del enemigo de esta estrecha manera de ver que lleva tanta gente al Parlamento, no para aligerarse del peso que les abrumba, sino para conjurar á las Cámaras que encadenen y agarroten sus compatriotas.»

No hay duda que este motín iba dirigido contra el gobierno de lord Noth, á quien se acusaba de debilidad en la marcha de la guerra, de su torpeza en procurarse dinero y aliados, y á quien se mortificaba por la oposición, oponiéndole el ejemplo de Necker.

En efecto, Necker había dado al ministro de Marina 126 millones, y aunque á últimos de 1780 Sartine había gastado aún 17 millones más, ni se tenía al corriente de sus pagas á los marinos, ni las escuadras estaban abastecidas de todo lo necesario para hacerse á la mar. Necker, que veía con terror la prolongación de una guerra que amenazaba con la ruina completa de la hacienda francesa, exigió de Maurepas la destitución del ministro de Marina, á lo que no pudo negarse el viejo presidente del gobierno, ante la amenaza de Necker de abandonar su puesto. Un protegido de María Antonieta, el marqués de Castries, reemplazó en 14 de Octubre á Sartine. Castries era un hombre de corazón y leal, pero tan ignorante de las cosas de la marina como el ministro destituido. Dos meses después conseguía Necker que fuera igualmente destituido el ministro de la Guerra y que el marqués de Segur, más idóneo en su cargo que Castries, y como éste hechura de la reina, le reemplazara. Maurepas había, pues, quedado reducido á desempeñar el papel secundario que había elegido para Necker. Sobre Necker, pues, iba á caer la responsabilidad de la

guerra, así como sobre Maurepas cayó toda la responsabilidad de la inacción de 1780, pues, sólo ocurrió de notable el envío de cinco mil hombres á los Estados-Unidos, al mando del general Rochambeau, á donde les había precedido Lafayette para anunciar su llegada, y que contribuyeron á cambiar el aspecto que presentaba la guerra.

Inglaterra, pues, parecía que había de aprovechar una situación excepcional para dar un gran golpe, y como sabía que la zarina estaba dispuesta á unirse

á ella si se le dejaba libre su acción en Oriente, Inglaterra entabló negociaciones con Catalina al objeto de arrastrarla á una alianza contra Francia y España. Y hasta pudo creer por un momento logrado su propósito al ver á Rusia armar quince navíos para pedir á España la restitución de dos fragatas rusas, que había detenido cargadas de productos ingleses. Pero este suceso tuvo las consecuencias que había previsto el hábil Florida-blanca.



JORGE III, rey de Inglaterra

«Para desnudar á nuestros enemigos, dice el conde en su memorial, de toda alianza, se consiguió que la emperatriz de Rusia se pusiese al frente de casi todas las naciones neutrales, para sostener los respetos de su pabellón, que es lo que se ha llamado *neutralidad armada*. Con esto faltaron á la Inglaterra, en la guerra, todos los recursos de las potencias marítimas, hasta de Holanda, su antigua aliada...» «Hé aquí el manejo que se llevó para dar este golpe, que aunque atribuido á la Rusia y sostenido por ella con tesón, tuvo su principio en el gabinete político—de España—y en las máximas que adoptó y supo conducir sagazmente.

»La regla, conocida en los tratados de casi todas las naciones, de levantar el pabellón neutral ó amigo, la confiscación de los bienes ó mercancías pertenecientes á enemigos, jamás había sido observada por la marina inglesa, ó llevada de los principios de su pretendida soberanía del mar ó fundada en las leyes particulares de su almirantazgo.

»Cuando se refundió y publicó la nueva ordenan-

za de corso para la última guerra, se estableció que las embarcaciones de bandera neutral ó amiga, se detendrían y conducirían á nuestros puertos, para usar con ellos y su carga de la misma ley de que usaron los ingleses con las que llevasen efectos pertenecientes á españoles ó sus aliados. Por este medio se pensó conseguir una de dos cosas: ó contener la conducta inglesa al pabellón neutral, ó compensar por vía de represalia la pérdida que en él hiciésemos, con la mayor del comercio inglés, que harían nuestros enemigos.

»Con la ejecución de este artículo de ordenanza, y con la proporción que nos dió el bloqueo de Gibraltar para detener cuantas embarcaciones condujesen efectos ingleses, de las muchas que pasan al Mediterráneo, se levantó un clamor universal de parte de las potencias marítimas neutrales, acometiéndome los ministros de Suecia, Dinamarca, Holanda, Rusia, Prusia, Venecia, Génova y otros, para que se cortase el perjuicio que padecía su comercio con la detención de tanto número de buques.